que en socorro de la ciudad habían venido, dándoles las gracias de su buena ayuda y parte muy aventajada de los despojos conque se volvieron a sus casas y con palabra de que volverían a ayudarles todas las veces que se les ofreciese necesidad de su ayuda. Y aunque los azcaputzalcas se habían rendido y ofrecido a la obediencia de Itzcohuatl con otros muchos, había otras ciudades y pueblos que estaban rebeldes y enojados y no querían rendirse, por lo cual luego que lo supieron Itzcohuatl y Nezahualcoyotl salieron con sus gentes en su busca y fueron a Tlacubaya (que era el pueblo donde se habían hecho fuertes y haciéndoles guerra los vencieron y sujetaron y quedaron tributarios de Mexico).

CAPÍTULO XL. *De otras guerras que el rey Itzcohuatl, acompañado de Nezahualcoyotl rey de Tetzcuco, hizo en continuación de la conquista de su imperio*

O LUEGO QUE MURIÓ MAXTLA, y se apoderó Itzcohuatl del reino de Azcaputzalco, pasó adelante con la guerra que había comenzado a hacer a los tepanecas, porque para proseguir con ella debía de considerar dos cosas: la una que no quedaba rey que le contradijese por haber muerto el que lo era. Y la otra, porque para salir contra los que estaban quietos en sus casas, y algo apartadas de su ciudad, era necesario pertrecharla, para que cuando saliese de ella la dejase guardada y asegurada de los enemigos, que por vecinos pudieran entrarse en ella y desconocer sus moradores, cuando volviesen a sus casas. Por esto dejó pasar aquel año, en el cual no hubo quien se le opusiese ni contradijese su señorío; pero no por esto los moradores de la ciudad de Coyohuacan (que eran conjuntos al reino de Azcaputzalco) quisieron darle la obediencia, sino que substraídos de ella se estaban en sus casas mostrándose señores de ellas; pero pasado el año y viéndose Itzcohuatl apoderado de la tierra y con fuerzas suficientes para probar su ánimo, comenzó a salir fuera de sus límites, lindes y términos, y vino contra Coyohuacan y Atlacuihuayan; a los cuales hizo guerra acompañado de los aculhuas y otras gentes; pero no los vencieron, porque como gente que sabía que ya los mexicanos pretendían echarlos de sus casas, se habían apercibido y venían otras gentes y provincias a ayudarlos. Pero fue tanta la fuerza de los mexicanos y aculhuas que aunque no los rindieron los hicieron retirar hasta un lugar llamado Tequiahuac, y se volvieron con esta poca ventaja, después de haber peleado fuerte y varonilmente todo aquel día. Volvieron otra vez a la batalla y siempre les iban ganando tierra los mexicanos a los coyohuaques y huitzilopochcas. Y esta segunda vez los llevaron hasta otro lugar más apartado, llamado Axochca. Salieron otro día a probar ventura y la tuvieron de manera que retiraron a los enemigos hasta ponerlos apartados de su ciudad y pueblos, y llevarlos hasta el pie de las sierras que le caen al mediodía, y allí los deja-

ron sin osar volverse a sus casas. Pero los mexicanos, como ya casi vencedores, se volvieron a las suyas con esperanza de vencerlos la primera vez que saliesen contra ellos, como sucedió: que pasados algunos días les dieron cuarta vez la batalla y los vencieron y hicieron huir por aquellos montes y serranías; y dicen que su capitán y señor de la ciudad de Coyohuacan pasó de la otra parte de ellas con muchas de sus gentes y se fue huyendo pasando por las tierras de los ocuiltecas, hasta un lugar llamado Tlachco (que es donde después se descubrieron aquellas que fueron famosas minas, llamadas de Tasco). Aquí se recogió este señor y no se dice que volviese más a su ciudad, y desta manera se hizo señor Itzcohuatl de Coyohuacan, Huitzilopochco y Atlacuihuayan, que eran las ciudades más pujantes de los tepanecas, y quedó muy temido de todos y obedecido como rey; y viéndose estas gentes sin rey en su reino y sin señor proprio en su ciudad, vinieron pidiendo misericordia a Itzcohuatl y dándole la obediencia, y él los recibió y dio licencia para venirse a sus casas; lo cual hicieron los coyohuaques y huitzilopuchcas y los demás, y quedaron por tributarios del imperio mexicano. Esto sucedió el año segundo de su reinado.

Pasadas estas guerras y pacificadas estas gentes, ya parece que estaba el rey Itzcohuatl con algún reposo; porque ya no sólo no pagaba a los tepanecas aquel tan penoso y afrentoso tributo de la sementeras, patos y garzas (que tan afligidos los traían), pero hallábase señor de aquellos mismos que le recibían; y pareciéndole que para lo más que pretendía, que era conquistar los otros reinos de esta Nueva España, había menester ayuda y gente, consideró que Nezahualcoyotl, su sobrino, podría muy mejor dársela asistiendo en su reino que ausente dél, por lo cual le pidió que se fuese a Tetzcuco y tomase la posesión de su señorío; a lo cual acudió Nezahualcoyotl de voluntad, lo uno, porque lo deseaba y, lo otro, por acudir mejor con gente a las conquistas que ya comenzaban a hacer. Fueron para esto llamados los señores del reino de Aculhuacan y llevaron a su rey (y dicen que le fue acompañando Itzcohuatl) los cuales llegaron a la ciudad de Tetzcuco, donde con grande contento lo aguardaban sus moradores. Allí fue recibido de todos y coronado del mismo Itzcohuatl y obedecido de sus gentes; y concertaron entre los tres reyes de favorecerse y ayudarse en todas ocasiones; y hicieron sus conciertos y capitulaciones, y entre ellas una, que de todo lo que se ganase concurriendo los tres, se diese la quinta parte al rey de Tlacupa, y el tercio de lo que quedase a Nezahualcoyotl; y lo demás, a Itzcohuatzin, como a cabeza mayor y suprema. Lo uno, porque las victorias que se hacían (según parece en las historias pintadas, con que ellos se entendían) eran en su nombre, y lo otro, porque fue primero rey que los otros dos; porque aunque Nezahualcoyotl lo era no estaba en la posesión de él, hasta que con el favor de Itzcohuatl la tomó y lo recibieron; y Totoquihuaztli no tenía este título, hasta que estos dos reyes se lo dieron, porque era señor de sola la ciudad de Tlacupan, cuando su tío Maxtla reinaba; como también lo era el mismo Maxtla de Coyohuacan, cuando su padre Tezozomoc lo era de Azcaputzalco. Con esto quedaron los tres reyes hechos señores de los más de la tierra, porque en ellos se incluía todo el más

poder y señorío de ellos, que dado caso que muchas gentes se habían rebelado y otras aún no estaban sujetas, fue después fácil de reducir a los más por bien, y a los que no querían los rendían por fuerza.

CAPÍTULO XLI. *De cómo el rey Nezahualcoyotl, viéndose en la posesión de su reino, comenzó a disponer las cosas de él con mucho concierto para su mayor conservación y guarda*

AS COSAS DEL REINO DE ACULHUACAN TETZCUCO no estaban por estos tiempos en aquella disposición y concierto que las había puesto el emperador Techotlala, abuelo de Nezahualcoyotl, porque con su muerte y trueque, que con ella huyó del gobierno, por haber entrado en él tiránicamente Tezozomoc, rey de Azcaputzalco, todo se había trocado y aun descaecido, en mucha parte, las buenas costumbres y leyes sanas con que vivían; por ser cosa cierta que la relajación de una buena costumbre no quiere muy gran puerta por donde entrar, que por cualquier resquicio cabe; y cuando el concierto de una república se conserva, por la vigilancia y cuidado de un rey, suele por la flojedad y descuido de otro, arruinarse; en especial si el que succede en el reino no es señor legítimo, que por esta razón muchas (y si no son todas, al menos las más) veces disimula, con todo lo malo que se hace, por sólo ganar los corazones de los vasallos, que lo son por fuerza; que esto puede la ambición, que lo que sin ella no se consintiera se consiente por el gusto de mandar y de ser rey. De manera, que por ser uno más que otro, hace cosas que otro no hiciera y tolera los males que debiera remediar, siendo el mando y el señorío para esto. Pero volviendo a nuestro intento, digo, que aquel buen orden y concierto del reino de Tetzcuco en que Techotlala lo había puesto no estaba como antes, porque demás de haber faltado, lo había trocado Tezozomoctli y regían la república gobernadores suyos y de su hijo Maxtla, que le sucedió en él; y por esto, luego que Nezahualcoyotl entró en la posesión y gobierno de él, trató de reducirle a sus buenos principios y a añadir cosas que le parecieron necesarias para su mejor gobierno. Puso en concierto los consejos y audiencias, dando los lugares y oficios de ellas a personas dignas de ellos. Dio a dos hermanos suyos, llamado el uno Quauhtlehuanitzin y el otro Ichantlatocatzin, el supremo (como en Castilla el que llamamos consejo real), a los cuales habían de venir todas las cosas graves y criminales para que ellos, con el rey, las determinasen. A otros cinco señores, que le habían ayudado en las guerras, hizo también de su consejo y les dio muchas y muy grandes preeminencias, dándoles autoridad para los despachos civiles de sus reinos.

Hizo una sala de congregación, donde se juntaban todos los poetas y hombres músicos (que lo eran mucho los de esta tierra), astrólogos y historiadores y de otras artes, donde conferían estas cosas con grande eminen-